

LIBROS

Jeremy Dauber
EL HUMOR JUDÍO.
UNA HISTORIA SERIA

Emilio Santiago Muíño
CONTRA EL MITO DEL
COLAPSO ECOLÓGICO

Manuel Calderón
DESCAMPADOS

Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Gabriel
García Márquez, Mario Vargas Llosa
LAS CARTAS DEL BOOM

Andrea
Martínez Baracs
AN IRISH REBEL IN NEW
SPAIN. THE TUMULTUOUS
LIFE AND TRAGIC DEATH
OF WILLIAM LAMPORT

Francisco Valdés Ugalde
ENSAYO PARA DESPUÉS
DEL NAUFRAGIO

Michel Houellebecq
UNOS MESES DE MI VIDA. OCTUBRE
2022-MARZO 2023

ENSAYO

Del Génesis a Woody Allen: la historia interminable del humor judío

por Mercedes Cebrián



Jeremy Dauber
EL HUMOR JUDÍO. UNA
HISTORIA SERIA
Traducción de José Manuel
Álvarez-Flórez
Barcelona, Acontilado,
2023, 461 pp.

¿Qué buscamos en un ensayo sobre humor? Reírnos no parece ser la respuesta, pues destripar un chiste para analizarlo es la mejor manera de quitarle la gracia. Jeremy Dauber es consciente de ello, y en este ensayo sobre la historia del humor judío nos ofrece ante todo un acercamiento al judaísmo a través de este mecanismo cómico

que, por su carácter eminentemente discursivo, produce pensamiento, de ahí que sea una herramienta excelente para profundizar en la historia, la teología y los destinos del pueblo judío.

Como profesor de la Universidad de Columbia, a cargo de las asignaturas de lengua, literatura y cultura en yidis, Dauber es la figura perfecta para ilustrarnos sobre el humor producido por los judíos que emigraron desde Europa Central y Oriental a Estados Unidos en el siglo xx, y que son los verdaderos protagonistas de este libro, cuyas dos vertientes principales son la comedia estadounidense producida por cómicos judíos y la historia de la civilización judía con énfasis en su sentido del humor. Por eso, no solamente encontraremos aquí menciones a las estrellas de la comicidad judeoestadounidense como Woody Allen o Larry David, sino también una lectura en clave humorística de la Biblia hebrea y del Talmud, de la literatura rabínica y de otras obras literarias de carácter religioso. “Tomada en su conjunto, la Biblia no es divertida”, afirma Dauber, que, no obstante, encuentra

perlas humorísticas en detalles concretos del libro sagrado.

Si bien en inglés se encuentra abundante bibliografía sobre la comedia practicada por los judíos estadounidenses, en castellano no contamos con ensayos de esta índole, así que Dauber se convierte en nuestro guía, abriéndonos las puertas de acceso a otras lecturas y referencias. Para la mayoría de los lectores que no crecimos en el judaísmo el ensayo de Dauber es, además, una buena manera de colmar algunas de nuestras lagunas sobre cultura judía, especialmente en relación con lo bíblico, pues el Tanaj (el conjunto de libros que componen la Biblia hebrea) es una de las fuentes primarias de las que Dauber extrae sus numerosos ejemplos y chistes.

Como buen docente, el autor establece clasificaciones que estructuran con claridad la información, de ahí que cada capítulo de su libro se centre en uno de los siete temas principales que él detecta en el humor judío. En cada uno de ellos recorre desde la Biblia a la producción humorística de cómicos actuales, dejando un

reguero de chistes, de información y de reflexiones que nos llevan a leer el ensayo lápiz en mano.

Dauber le saca particular provecho al libro de Ester. Lo considera tanto una “versión cómica de la sumisión” como “el chiste más negro y sombrío de la historia judía”, pues en él el destino del pueblo que se autoproclama elegido por Dios depende del puro azar, es decir, de que Amán eche a suertes la fecha del exterminio de los judíos. El libro de Ester marca también el inicio de una larga tradición que ha considerado a los judíos como símbolo de la otredad por excelencia.

Otro discurso que Dauber retoma en más de un capítulo es el de la Haskalá, el movimiento ilustrado judío nacido en la Europa del siglo XVIII cuyo objetivo fue modernizar el judaísmo a la luz del racionalismo filosófico y la tolerancia religiosa. Y, como no podía ser de otro modo, Dauber no se olvida de profundizar en la obra literaria y humorística de Philip Roth, Jerry Seinfeld o Larry David, que aun en el siglo XXI se defienden cómicamente de los gentiles o *goyim* por medio de su ingenio y facilidad de palabra.

Al afamado ingenio judío le dedica un capítulo en el que aparece el mismísimo rey Salomón y su propuesta ingeniosa, glosada por cómicos de todos los tiempos, de cortar a un niño por la mitad para que las dos mujeres que dicen ser sus madres obtengan su parte proporcional. Como contraste, Dauber profundiza también en el nacimiento de los chistes que se ceban con el “pueblo de los tontos”, una especie de Lepe judío llamado Chelm, y se aparta momentáneamente de la cultura askenazí para referirse a la poesía judeoespañola como apogeo cultural y muestra de ingenio, tanto por sus juegos lingüísticos en hebreo y castellano, que daban lugar a equívocos intencionados, como por el uso subversivo de frases del canon bíblico, recurso frecuente en los escritores sefarditas Ibn Gabirol y Judá Leví.

“Bueno, ya está bien de hablar de chistes intelectuales. Pasemos de una vez a los pedos”: así comienza el capítulo cuarto, dedicado al humor relacionado con el cuerpo y sus fluidos y regurgitaciones. La tradición escatológica y obscena cristaliza particularmente en las obras de teatro representadas durante Purim, el equivalente del carnaval judío. Fueron los seguidores de la Haskalá quienes, en su intento por refinar y actualizar el humor judío, trataron de suavizar las obscenidades de las representaciones de Purim sin mucho éxito.

Una cuestión esencial que se plantea Dauber es cuándo el humor judío dejó de ser un asunto de familia y empezó a ser comprendido y disfrutado por gentiles. Para responderla apunta a la década de los años cincuenta en Estados Unidos, cuando el cómico Allen Sherman se empieza a dirigir en sus actuaciones también a los no judíos, rebajando la cantidad de palabras en yidis de sus canciones cómicas, sin ir más lejos. Si bien el proceso de americanización de los hijos de los inmigrantes judíos europeos fue inevitable, curiosamente en la actualidad gran parte de los humoristas estadounidenses son judíos, fenómeno que Dauber achaca a las escasas barreras sociales para acceder a las instituciones que hicieron del humor un espectáculo de masas. Eso se refleja particularmente en lo que se llamó el *Borscht Belt* [cinturón del borscht], apodo que recibió el área montañosa de la costa este estadounidense consagrada al veraneo de la colectividad judía. Llamado así por la frecuente presencia de la sopa de remolacha o *borscht* típica del Este de Europa en sus manteles, el fenómeno del *Borscht Belt* surgió en las primeras décadas del siglo XX, cuando los inmigrantes judíos europeos instalados en Nueva York comenzaron gozar de unas vacaciones en las que podían comunicarse en yidis y volver a comer guisos transoceánicos. A la zona de las montañas Catskills se desplazaba casi un millón

de personas cada verano con sed de entretenimiento. Para saciarlos apareció un elenco de cómicos encabezado por Mel Brooks, Danny Kaye, Jerry Lewis, Lenny Bruce y Woody Allen, que actuaban cada noche en los hoteles donde se alojaban los clientes judíos y que poco después se hicieron célebres entre el gran público.

Para bien y para mal, en este libro nos convertimos por un tiempo en alumnos de las clases universitarias de Dauber en Columbia, pues el ensayo es fruto de sus varias décadas de docencia. Por ello, además de recibir advertencias sobre las posibles ofensas que nos salgan al paso en las páginas de su ensayo, obtenemos un contenido claro y bien documentado, desgranado en un tono divulgativo y ameno para ayudarnos a aprobar la asignatura, que en nuestro caso consiste en ponernos al día en historia sagrada y cultura judía. ~

MERCEDES CEBRIÁN es escritora. En 2022 publicó *Cocido y violonchelo* (Literatura Random House).

ENSAYO

Desmontando el colapsismo ecologista

por **Manuel Arias Maldonado**



Emilio Santiago Muño
CONTRA EL MITO DEL
COLAPSO ECOLÓGICO
Arpa, Barcelona, 2023,
240 pp.

Joven veterano del movimiento ecologista y antropólogo social que se desempeña en el CSIC, Emilio Santiago Muño ha escrito un ensayo contra la ideología colapsista bajo cuyo influjo —confiesa en un pasaje autobiográfico— se socializó como activista. Y si bien el enfrentamiento teórico

entre ecosocialistas y colapsistas posee un aire de riña familiar, la popularidad relativa que ha alcanzado la idea del colapso ecológico de la sociedad en los últimos años proporciona a este trabajo un interés suplementario. Recordemos el impacto mediático que han tenido algunas de las acciones emprendidas por Extinction Rebellion o los discursos de Greta Thunberg, así como la buena acogida de las películas y series de televisión que han explorado el tema en los últimos años con éxito desigual. En su condición de activista, Santiago es consciente de que los movimientos ambientales se nutren de los debates especializados sobre las relaciones sionaturales —en este libro puede comprobarse que muchos activistas son académicos y viceversa— y sabe que la difusión del colapsismo hace más difícil que los valores ecologistas permeen en unas mayorías sociales poco interesadas en oír que la catástrofe está cerca. De ahí que se proponga demostrar que los colapsistas están equivocados, aunque ellos no se dejarán convencer fácilmente; cabe imaginar las discusiones que este libro habrá provocado en el interior de un ecologismo español tradicionalmente dominado por la izquierda marxista.

Usando un lenguaje accesible —cita a *The wire* antes que a Tolstói— que rehúye los tecnicismos sin por ello caer en el simplismo, Santiago ha dado al libro una estructura sencilla que sirve perfectamente a sus objetivos: analizar el colapsismo y someterlo a crítica antes de plantear la alternativa ecosocialista sobre la que a su juicio habría de basarse la respuesta social al cambio climático y demás problemas del Antropoceno. Su punto de partida es que el colapsismo es una consecuencia —aunque puede ser también causa— de la pérdida de confianza en el futuro que caracteriza esta fase de la modernidad tardía, pesimismo que él entiende solo parcialmente justificado a la vista de los innegables avances materiales

y morales logrados en los últimos dos siglos. Dicho esto, Santiago es un ecologista que quiere atacar las estructuras del sistema liberal-capitalista en lugar de limitarse —como los conservacionistas— a preservar el medio natural. Y como no cree que el colapsismo contribuya a ese objetivo, lo somete a una crítica metódica a la que sus defensores no podrán responder fácilmente.

Y es que Santiago apuesta fuerte cuando afirma que “convertir al colapso en el evento definidor de nuestra coyuntura histórica es científicamente sesgado, teóricamente pobre y políticamente contraproducente”. Su tesis es que el colapsismo es un modo de razonar o narrar antes que una escuela de pensamiento sistemático o una corriente política organizada. Porque tampoco es ciencia: más bien presenta estudios científicos minoritarios sobre temas cargados de incertidumbre y los eleva a la categoría de “certezas militantes”. Por lo general, los colapsistas ven la sociedad como un ecosistema e imaginan un derrumbamiento acelerado de sus estructuras a partir de un evento particular, como una crisis energética o una catástrofe natural. Pero la sociedad *no* se parece a un ecosistema y las *peak theories*, como la bien conocida predicción acerca del fin del petróleo, se han demostrado incorrectas. De manera parecida, se ha abusado de la comparación entre el colapso ecológico de algunas sociedades primitivas y el potencial colapso ecológico de las sociedades modernas; la “resiliencia” demostrada por estas últimas durante la pandemia —cuyo estallido el autor atribuye de manera cuestionable al capitalismo global— es prueba suficiente de su capacidad para soportar *shocks* externos. Para Santiago, tiene más sentido entender por colapso el momento en el cual una sociedad padece el fracaso regulatorio del Estado, sin que eso suponga necesariamente —pensemos en Sudán y otros Estados fallidos— que quienes viven

en ella sean incapaces de encontrar formas alternativas de organización o autoabastecimiento.

A este respecto, Santiago dedica páginas interesantísimas a la experiencia de Cuba durante el llamado “periodo especial” que siguió al derrumbamiento de la Unión Soviética. Buen conocedor del tema, el autor se rebela contra quienes toman esa amarga experiencia colectiva como demostración de que una sociedad económicamente colapsada puede seguir adelante mediante un reforzamiento de su espíritu colectivo y la búsqueda de soluciones ecológicas locales. En realidad, Cuba no dejó en ningún momento de importar más de la mitad de sus alimentos y los propios cubanos vivieron aquella época como un fracaso que aún hoy se recuerda con vergüenza. Y sobre todo: así como el Estado no se derrumbó, su sostenimiento nada tiene que ver con una presunta “ecologización” del aparato administrativo o la sociedad. Para el lector que mantenga su cordura ideológica, es evidente que delira quien apela al “periodo especial” como ejemplo edificante en el camino hacia una mejor sociedad; a Santiago, que milita en las filas del ecosocialismo, le sirve para recordarnos que la idea del “buen colapso” es una trampa retórica, ya que una sociedad que de verdad colapsara —quedándose sin una autoridad estatal viable en un marco de escasez— daría lugar a una emergencia sanitaria y sufriría tanto inseguridad alimentaria como violencia armada.

Sin embargo, la experiencia cubana no es el único punto de contacto entre el colapsismo y el marxismo. Tal como señala el autor, quien alude asimismo a la influencia anarquista sobre los colapsistas, estos últimos harían bien en prestar atención al destino del catastrofismo socialista, que marcó la estrategia del movimiento obrero durante el primer tercio del siglo xx y los debates de

la II Internacional: se dio entonces por supuesto que el capitalismo estaba condenado a derrumbarse bajo el peso de sus contradicciones socio-económicas. Es lo mismo que se dice hoy de las complejas sociedades tardomodernas; también a ellas se las llevará por delante un efecto dominó provocado, esta vez, por sus contradicciones ecológicas. De hecho, como apunta Santiago, el colapsismo concibe la sociedad a la manera marxista: como una estructura socionatural de la que emana una superestructura político-jurídico-cultural.

En la última parte del libro, Santiago propone su alternativa al colapsismo, al que reconoce un papel discursivo potencialmente valioso cuando se lo emplea en pequeñas dosis: para preocupar sin desanimar. Y tiene razón cuando lamenta que el ecologismo no haya tenido nunca propuestas capaces de ilusionar a las mayorías; asunto distinto es que la que él mismo pone sobre la mesa —el decrecimiento— pueda llegar a serlo. Porque dice bien cuando dice que el ecologismo debe alejarse de “las fantasías maximalistas, de los tremendismos morales y de los espejismos de las transmutaciones alquímicas en los que el mito colapsista fermenta”. Pero su propia descripción de la sociedad decrecentista parece un remedo de la sociedad sin clases del marxismo —trabajaremos menos horas y nuestras pasiones florecerán, comeremos más sano y tendremos mejor salud mental— y no está claro que la condición establecida para alcanzar ese objetivo idílico —reducir de manera tajante el tamaño de nuestras sociedades— pueda seducir al alimón a ciudadanos de democracias y súbditos de regímenes autoritarios. Más convincente resulta la tesis de que los valores del ecologismo han permeado a las sociedades liberales en mayor medida de lo que sus teóricos y activistas suelen dar por supuesto, tal como prueba una política climática europea cuyo papel de vanguardia mundial el propio Santiago es el primero en reconocer.

Estamos, en definitiva, ante un libro bien armado que logra su propósito: demostrar la inconsistencia teórica e indeseabilidad normativa del colapsismo ecologista. Que la alternativa que plantea en su último tercio resulte menos convincente para quienes creemos en la reforma ecológica de las sociedades liberales tiene una importancia relativa, pues ya existe una abundante literatura decrecentista con la que enfrentarse. Este ensayo es valioso por aquello que hace mejor —la crítica minuciosa del colapsismo— y su autor presenta el mérito suplementario de realizar esa tarea desde el interior del movimiento ecologista al que él mismo pertenece. ~

MANUEL ARIAS MALDONADO es catedrático de ciencia política en la Universidad de Málaga. Su libro más reciente es *Abecedario democrático* (Turner, 2021).

MEMORIAS

Identidad truncada

por **Eduardo Moga**



Manuel Calderón
DESCAMPADOS
Barcelona, Tusquets, 2023,
288 pp.

Descampados, de Manuel Calderón (Peñarroya-Pueblonuevo, Córdoba, 1957), narra la historia de un derrumbe: el del mundo de la infancia y la juventud del autor, que ya no encuentra continuidad —esa continuidad difusa, siempre agrietada por el tiempo, pero que configura nuestra identidad— en la realidad de hoy, en el ser que se es hoy. El libro, autobiográfico —unas memorias de juventud—, refiere la llegada del autor y su familia a Barcelona en 1970, provenientes

del pueblo cordobés en el que habían vivido hasta entonces, y se configura, desde ese punto, como un relato de la intrahistoria de la emigración interior española, en el que se entrelazan la melancolía —cierta melancolía— por el lugar que se ha dejado atrás —el recuerdo de las vidas difíciles de los padres y los antepasados— y el proceso de adaptación social y cultural al nuevo entorno, asimismo difícil. *Descampados* constituye, de hecho, una relación de esas dificultades: las que aquejan a una familia humilde instalada en una gran ciudad industrial, que convive con la realidad que da título al libro: territorios laterales, imprecisos, transitorios, mestizos, fronterizos; siempre zonas traseras, suburbios, arrabales, periferias, ruinas. El descampado es este territorio híbrido de la emigración, en las afueras siempre, ni el pueblo que se ha dejado ni la urbe a la que se ha venido, siempre en construcción, siempre lacerado, pero palpante. A ese espacio gris, en el que no faltan los desechos, pero también una insólita pureza, Calderón le otorga un protagonismo contradictorio: es la metáfora de la necesidad y la incertidumbre, pero también de la alegría —de cierta alegría— y de la vida, esa que no deja de hacerse, que empuja en todas direcciones, que se desmorona y vuelve a erigirse, en la que la gente, pese a todo, puede ser feliz o, al menos, no desgraciada. En varios pasajes del libro, así se sostiene: más allá de la fealdad o el sentido (o sin-sentido) que aquellos barrios, pueblos, edificios y lugares pudieran tener, el autor reivindica los sentimientos de las personas que vivieron en ellos, que también podían ser felices allí, y que lo fueron. Esos sitios determinan una identidad imprecisa, claroscuro, pero indudable; una identidad, en el caso de Manuel Calderón, arraigada en Barcelona, en aquella Barcelona de los setenta y ochenta que se siente ahora perdida: “Yo sentía la tristeza de una pérdida. De una vida. La ciudad ya no me habla, yo tampoco

le pregunto. Es un friso continuo de edificios y personas. Luego, días después, regreso a Madrid, sin nada que contar”, escribe Calderón hacia el final del libro; y poco después: “Recorro las calles [de Barcelona], siempre los mismos lugares, y solo veo fantasmas. Mis propios fantasmas. La ciudad que yo conocí, mis viejos amigos, muchos muertos, otros perdidos. Yo también perdido para ellos.” En esa pérdida desaparecen también, como tragadas por un sumidero, algunas esperanzas y proyectos que se tuvieron y que el tiempo ha desbaratado, e incluso el aprecio por la generación propia: “No siento admiración por esa generación, que es la mía. No son mártires de nada, ni cumplieron con mayor sacrificio que saciar un hedonista mandamiento copiado muchas veces de revistas extranjeras, ni hicieron nada superior a lo que hicieron sus padres, nada. Aprovecharon gozosos la libertad que encontraron, que fue más que la que indican sus arrugas circunspectas, y la vivieron con ansia y caprichos. Punto. La palabra es ‘liberticidio.’”

Aunque *Descampados* es un libro térreo —lo que cuenta se asienta en la tierra, o tiene que ver con ella: los campos que se cultivan, los barrios que se habitan, el urbanismo de la ciudad, los escombros que se acumulan en los eriales, la construcción, destrucción y reconstrucción de los parajes—, el relato que contiene se extiende por latitudes menos arcillosas. *Descampados* es también un recorrido por la historia de la cultura y una, en ocasiones, acerba crítica política, desde una perspectiva esencialmente conservadora. Está entretejido de referencias literarias y artísticas, que a veces sustentan excursos estético-morales, como los que le llevan a ensalzar a Camus, otro “chico de suburbio”, y a sustentar una crítica feroz contra el artista Santiago Sierra y la galerista Helga de Alvear, y, en general, contra el arte contemporáneo: “Así es el arte, o también es así, por no cargar más las tintas. No hace mejorar a nadie, incluso puede embrutecernos

aún más: es lo que tiene mantener alguna conexión con la divinidad. No despierta ningún espíritu de justicia, solidaridad y compasión. Puede que al contrario.” Entre las referencias literarias, destacan las poéticas: Cernuda, Gil de Biedma, Claudio Rodríguez, José María Valverde (de quien hace una sentida elegía) o Manuel Vázquez Montalbán (aunque a este lo tacha de “hierático” y despectivo con los discrepantes) aparecen en estas páginas, entre muchos otros. Lo lírico impregna a menudo la prosa ágil, rica y exacta de *Descampados*: “Un sonido que perfora el alma”, escribe Calderón al principio, “una moto —de poca cilindrada—, una tarde, abriéndose paso en la nada quemada por el sol, prolongando su sonido hasta más allá de lo desconocido, donde tiembla el aire”, cuyo final recuerda al “donde habite el olvido” cernudiano. Al final del libro, se consigna incluso un poema, “Los recogedores de nieve”, que describe escenas de la ciudad de Budapest.

Pero *Descampados*, pese a sus circunvoluciones, apunta a un final: ese derrumbamiento del mundo primero (o segundo) que se percibe en la ciudad de hoy, en la ciudad que fue la de uno, pero que ahora es la de otros. Y esos otros no son sino los partidarios de la independencia de Cataluña, que quiebran el sentimiento de pertenencia a la ciudad y emborronan, o anulan, la identidad asociada a ella. El soberanismo expulsa del paraíso de la infancia y vuelve ajeno lo que fue propio. Calderón no comparte la pulsión nacional de los independentistas (esa “entidad tan hiperhistórica, hiperpolítica e hipersentimental como Cataluña, entre otras razones porque yo nunca he vivido en Cataluña, sino en Hospitalet y en Barcelona”) y metaboliza esa frustración con una desapacible crítica política que con frecuencia se vuelve hiperbólica. Pero es lógico: tanto es el dolor, tanta es la reprobación. En varios pasajes del libro se identifica, directa o indirectamente, al independentismo con el

fascismo y hasta con el nazismo: con el *Anschluss* austríaco, con la Marcha sobre Roma de Mussolini y con la práctica nazi de señalar a los judíos con una estrella de David. El libro gana cuando se aparta de esta crítica abrupta y desnortada, aunque sea una consecuencia comprensible del proceso de desposesión narrado, y se adentra en la convulsión íntima, en el doloroso pero también iluminador proceso de aprendizaje que se verifica en la conciencia de quien vive el desarraigo y la transculturación. Ahí, en la reflexión sobre un ser zarandeado por la ilusión y el desengaño, lúcida-mente aturdido por el desvelamiento de la realidad, en las conmovedoras páginas, por ejemplo, dedicadas a su amigo Carlos, al final de *Descampados*, está lo mejor de este libro. ~

EDUARDO MOGA es poeta y crítico literario. En 2021 publicó *Diarios de viaje* (Eolas) y *Tú no morirás* (Pre-Textos).

CORRESPONDENCIA

Gatos negros

por **Malva Flores**



Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa
LAS CARTAS DEL BOOM
 Edición de Carlos Aguirre, Gerald Martin, Javier Munguía y Augusto Wong Campos
 Madrid, Alfaguara, 2023, 568 pp.

Lo primero que vemos al abrir *Las cartas del boom* es, de acuerdo con los editores —Carlos Aguirre, Gerald Martin, Javier Munguía y Augusto Wong Campos—, la única fotografía conocida de sus cuatro miembros juntos. Están sentados a la mesa, comenzando en Bonnieux, el 15 de agosto de 1970, poco antes de dirigirse a la casa de Cortázar en Saignon. Esta imagen poco conocida es un documento valioso no solo por ser la única donde todos

están juntos, sino porque la amistad se resquebrajaría muy pronto. Un gato negro —para utilizar la fórmula de Juan Goytisolo, el primero de los comensales identificados en esa fotografía— se cruzó entre ellos en el 26 de la *rue* de Bièvre, dirección de la revista *Libre* en París, aventura hemerográfica que, leemos *En los reinos de taifa* (Seix Barral, 1986), “debía habernos aglutinado [y] se convirtió en verdad, por una serie de causas e imponderables, en el arma de nuestro enfrentamiento y, a la postre, de nuestra enemistad”.

El día previo a la fotografía, Carlos Fuentes había estrenado *El tuerto es rey* en el festival de Avignon. Había invitado a sus amigos y después del estreno se reunieron en “el ranchito” de Cortázar. Aunque en las notas se apunta que “hay pocas huellas de esa reunión en las cartas que integran el libro”, la historia de ese viaje es muy conocida desde el punto de vista de los cuatro amigos —bien en sus correspondencias o en ensayos y libros alusivos— o desde la perspectiva de otros personajes que vieron aquel viaje con ojos diferentes, como puede comprobarse si se revisa *El boom doméstico*, de Pilar Donoso, una mirada femenina en ese mundo de hombres, que nos permite atisbar ángulos que difícilmente habríamos conocido sobre la personalidad de los protagonistas; me parece, pues, uno de los múltiples aciertos de esta edición que el lector pueda conocer la fotografía antes de leer las 207 cartas que intercambiaron los cuatro únicos autores del *boom*, aunque los críticos incluyan a otros más.

La correspondencia inicia en 1955 con una misiva de Fuentes a Cortázar y concluye en 2012, con un breve mensaje del mismo Fuentes a García Márquez. Destaco lo que también es sabido: el *boom* fue obra de ese mexicano que estaba en todo, según lo describe Vargas Llosa en uno de los artículos que integran el primer apéndice de esta edición, “Carlos Fuentes en Londres”, donde se asombra de que el novelista se las

arreglara “para leer todo lo que importa —libros, revistas y artículos de periódicos—, para ver todos los espectáculos de interés” y, aun así, viajara y escribiera “cuatro o cinco horas diarias”.

Era noviembre de 1967 cuando se publicó este artículo, el año en que los amigos intercambiaron el mayor número de cartas: 32. De ellas, el 33% fueron escritas por Fuentes y 38% dirigidas a él. Aunque los editores apuntan que sin el archivo del mexicano este libro no existiría —pues los otros no resguardaron o extraviaron parte de su correspondencia—, por la lectura de las cartas es obvio que el eje más importante de esa conversación, el animador definitivo, fue el mexicano.

El libro está dividido en dos apartados que incluyen las cartas mismas —“Pachanga de compadres”, de 1955 a 1975, y “Fin de fiesta”, de 1976 a 2012—, varios apéndices y documentos, una cronología y dos índices. Como si se tratara de una novela —y gracias al atinado criterio de colocar las misivas cronológicamente—, el libro nos permite seguir varios hilos de la historia: el literario tiene que ver con la escritura de las obras del *boom*, su crítica y su abrumador elogio. De *Los días enmascarados* o *Final del juego* a *Terra nostra* o *El otoño del patriarca* advertimos los comentarios de estos escritores sobre el trabajo de sus amigos. Aunque leemos algunas críticas o consejos (de Cortázar sobre *La región más transparente* o *Cambio de piel*), poco a poco advertimos que estos amigos vivían en una celebración permanente de sí mismos y de sus obras. Para Fuentes, *Las armas secretas* “es el tomo de cuentos más excelente que se ha escrito y publicado jamás en América Latina”; García Márquez piensa que *La casa verde* “es monumental”; *Aura* “es tan maravilloso” que deja mudos a los Cortázar y *La muerte de Artemio Cruz* “tiene episodios absolutamente perfectos”; quien no advierta que las páginas de *Cien años de soledad* “son magistrales”, escribe Fuentes, “es un hijo de la chingada que deberá responder a los

sangrientos puñales de largo alcance del joven escritor gótico C. Fuentes”. También asistimos a momentos de autocritica. Los más claros, para mí, son de Vargas Llosa y García Márquez, quienes se confiesan las dificultades de escritura por las que transitan.

Sobre todo para los asuntos literarios, las notas van llenando huecos y así sabemos, por ejemplo, que Cortázar propuso a Díez-Canedo algo que no ocurrió: que publicara en Joaquín Mortiz *Los impostores*, nombre original de *La ciudad y los perros*, primera novela premiada del *boom*, asunto que permite proponer otra ruta de lectura: la de los premios de los amigos —recibidos, negados y otorgados como jurados—, del Seix Barral hasta el Cervantes de Fuentes en 1987, sin olvidar el Nobel a García Márquez en 1982, momento agridulce en la historia de Cortázar, a quienes sus amigos le escriben condoliéndose por la muerte de Carol Dunlop, su mujer. A partir de entonces, las cartas escasean aún más y no es sino hasta 1983 cuando leemos la última misiva de Cortázar, firmada el 11 de octubre, cuatro meses antes de su muerte.

Proyectos literarios (las novelas de los dictadores), apuntes sobre revistas (de la *Revista Mexicana de Literatura* a *Casa de las Américas*, *Mundo Nuevo* o *Libre*), aventuras cinematográficas, amigos comunes, el libro nos ofrece una vasta imagen de su tiempo en la voz de sus protagonistas. ¿Quiénes fueron los personajes de los que más hablaron? Están ahí sus esposas, claro; vemos cruzar los nombres de Asturias, Buñuel o Carpentier. Aparecen Cabrera Infante, Goytisolo y Donoso —a quienes en la introducción se les menciona como posibles miembros del *boom*, desde la óptica de algunos críticos—, pero el escritor más aludido en esa larga charla a cuatro voces fue, de acuerdo con el “Índice de nombres citados en las cartas”, Octavio Paz, autor al que se refieren en 54 ocasiones. Al respecto, no dejo de pensar en el libro sobre *Plural*, de John King —a quien los editores

agradecen sus “atinados comentarios a la introducción”, en el que mostró cuál había sido el papel crítico de Paz en esa historia, postura que aquí vemos diseminada en las cartas, no en la introducción, en la que no se consideró relevante.

Los amigos escriben, charlan, se divierten y compiten en una época de América Latina que fue la “más decisiva, más emocionante, más optimista y —durante un tiempo, porque nada dura para siempre [...]—, el momento más utópico de su historia moderna”, dicen los editores. En uno de los valiosos anexos —cuando los abajo firmantes escriben en defensa de los presos políticos mexicanos (entre ellos José Revueltas) a un año de los hechos de Tlatelolco— atestigüamos ese momento en que los escritores latinoamericanos, un poco a lo Zola, se refieren a sí mismos como “intelectuales fieles a los principios civilizadores de justicia, democracia y respeto a los derechos humanos”. Esto ocurre en 1969, pero los amigos dejarían de serlo, como vio Cabrera Infante al relatar los pormenores de una fiesta ocurrida el último día de 1967, en el departamento de Fuentes en Londres. A esa fiesta no acudieron ni García Márquez ni Cortázar, quienes iniciarían su lenta pero irreparable separación de los otros, un año después de que se vetara la participación del cubano en *Libre*.

Ya desde el 2 de junio de 1967 Cortázar le había expresado a Fuentes que había leído *Tres tristes tigres*, ese “curioso libro, lleno de cosas magníficas, pero totalmente fracasado como estructura novelesca, como libro. El ingenio es el peor enemigo del talento a veces”. Esa molestia encontraría su expresión más clara —aunque ahora fuera

política— cuando en Saigón, cuenta Goytisolo, “el tema de la participación de Cabrera Infante en nuestro proyecto provocó un primer y ya revelador enfrentamiento: mientras Vargas Llosa y yo nos mostrábamos favorables a ella siempre que fuese estrictamente literaria, nuestro anfitrión afirmó de modo rotundo que si Guillermo entraba por una puerta él se salía por la otra”.

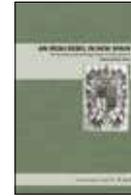
En la introducción se dice que el *boom* “empezó a resquebrajarse a raíz de los desencuentros políticos de esos años y terminó de deshacerse tras varios golpes”: el encarcelamiento de Heberto Padilla, la irrupción de Pinochet, el golpe que Vargas Llosa habría dado a García Márquez y el golpe militar en Argentina. Podemos comprobarlo por las pocas misivas en la sección “Fin de fiesta”: 24. Sin embargo, pienso que el golpe central ocurrió justo después de que los amigos brindaran en Avignon. Fidel Castro, Padilla, la Revolución cubana se interpusieron en la amistad de esos escritores que en un principio vieron al régimen de la isla como una fuente de esperanza y a partir del encarcelamiento de Padilla, entre otras circunstancias, pudieron observar lo que realmente era: una dictadura, palabra que, para referirse a la cubana, no aparece ni una vez en todo el volumen y se transforma así en el gato negro real que aún sobrevive en nuestra triste región. ¿Todos pudieron observarlo? Fuentes y Vargas Llosa sí. Como entonces, como hoy, no todos quisieron advertirlo. ~

MALVA FLORES es poeta, ensayista y editora de poesía en *Letras Libres*. Su libro *Estrella de dos puntas. Octavio Paz y Carlos Fuentes: crónica de una amistad* (Ariel, 2020) recibió los premios Mazatlán de Literatura y Xavier Villaurrutia.

HISTORIA

Lámport: más que un rebelde intelectual

por **Ryan Dominic Crewe**



Andrea Martínez Baracs
AN IRISH REBEL IN NEW SPAIN. THE TUMULTUOUS LIFE AND TRAGIC DEATH OF WILLIAM LÁMPORT
Traducido al inglés por Hank Heifetz
Pennsylvania, Pennsylvania State University Press, 2021, 160 pp.

En los siglos XVI y XVII, nobles, soldados y eruditos irlandeses huyeron de la colonización inglesa para buscar una vida nueva en el Imperio español. Uno de los más pintorescos de estos “gansos salvajes”, como expresivamente se les llama en la historiografía irlandesa, fue Guillén de Lámport: un soldado-erudito de Wexford, arrestado en 1642 por la Inquisición mexicana debido a sus planes de derrocar al gobierno español, abolir la esclavitud y asumir la corona de un México independiente. La vida de Lámport atravesó muchos entornos del mundo atlántico del siglo XVII: los salones de El Escorial, los campos de batalla de Flandes, las redes de exiliados irlandeses en Europa y la metrópolis multicultural de la Ciudad de México.

Lámport ha fascinado por mucho tiempo a estudiosos y narradores debido a que su vida proporciona un recurso muy inusual entre los individuos marginales de su siglo: un extenso e interesante rastro documental. Fue prisionero de la Inquisición mexicana durante diecisiete años, por lo que se tiene amplio registro de su juicio, y los oficiales confiscaron un cofre de sus documentos personales. Al adentrarse en estos archivos, no es difícil quedar cautivado por los ingeniosos alardes de Lámport, sus fugas de prisión a medianoche, o sus mordaces respuestas a inquisidores que

LETRAS
LIBRES

suscríbese



saben menos de teología que él. Sin embargo, como es tan accesible y entretenida, la biografía de Lámport ha propiciado una falta de atención académica seria hacia sus ideas y sus tratados, que son tan abundantes como sus hazañas y ocurrencias. Andrea Martínez Baracs, en *An Irish rebel in New Spain*, responde a esta laguna y provee una selección cuidadosa de los escritos de Lámport, traducidos al inglés por Hank Heifetz. Publicado en la colección de Latin American Originals por Pennsylvania State University Press, *An Irish rebel in New Spain* se asoma a los escritos de Lámport como un espejo de la política del siglo XVII.

A fin de que los lectores comprendan el contexto de los escritos que integran este volumen, Martínez Baracs provee una introducción biográfica sustentada en una investigación minuciosa. Desde la breve infancia de Lámport en Irlanda hasta sus conflictos con los inquisidores de México que lo sentenciaron a muerte, Martínez Baracs ofrece nuevas reflexiones a partir de hallazgos en los archivos. La autora navega los múltiples Lámports que han emergido: el rebelde sincero, el impostor, el mentiroso patológico, el cortesano errante, entre otros, y entrega un retrato convincente de Lámport como un “luchador social humanista” (p. 38). En su introducción y sus notas a los textos, la investigadora fundamenta las luchas políticas de Lámport en su vasta erudición y sus trabajos como estudiosa.

La selección de los textos en este volumen hace justicia a la riqueza y la amplitud de la escritura y el pensamiento de Lámport. Tenemos un atisbo de sus esfuerzos por garantizar el apoyo de los españoles a la reconquista irlandesa de su isla, que enmarcó en un discurso claramente anticolonial. Las denuncias de Lámport sobre los abusos inquisitoriales y la corrupción son evidentes en una proclama que pegó en las murallas de la Ciudad

de México. Los lectores también tienen la oportunidad de leer el “Regio Salterio” de Lámport, una colección de salmos que escribió en sábanas de la cárcel inquisitorial. Las estrofas revelan el pensamiento revolucionario de Lámport. “Decidme”, escribía desde su celda a inicios de la década de 1650, a propósito de la explotación y venta de esclavos africanos, “¿por qué compráis y vendéis a los hombres como bestias? [...] ¿Por qué, contra la ley de Dios, compráis etíopes, y no queréis ser comprados por ellos?” (p. 107). Este radicalismo es más evidente en su proclama de la independencia de la Nueva España en 1642, que traza un amplio plan para la abolición de la esclavitud y el trabajo forzado para la apertura de la Nueva España al comercio internacional y para reconocer la soberanía de las poblaciones indígenas, “pues es suyo el reino” (p. 63). En esa sociedad futura, no sería la raza sino los actos de un individuo los que tendrían importancia. Por supuesto, había un detalle: Lámport esperaba que la población recién liberada de México reconociera sus esfuerzos y sus talentos, así como su sangre real (totalmente inventada), y esperaba que, como agradecimiento y por voluntad propia, lo eligieran para ser rey.

Si algo falta en este volumen, quizá sea el gusto de Lámport por la extravagancia. Para aquellos que ya estén familiarizados con la leyenda de Lámport, esta omisión tal vez pueda parecer sorprendente. Los esfuerzos del irlandés por otorgar legitimidad a su plan de volverse rey de México, como el urdir un cuento asombroso que lo hacía hermano ilegítimo del rey Felipe IV de España mediante el amorío de Felipe III con su hermosa madre irlandesa, no fueron un incidente aislado en lo absoluto. Lámport recurrió a los poderes del peyote —obtenido de un vendedor del Zócalo— mientras redactaba su proclama independentista, presumía de poder transportar aguardiente de Irlanda a

México en un solo día y calendarizaba sus ambiciones de acuerdo con la astrología. Si bien muchos de los biógrafos de Lámport han sucumbido a esos encantos, Martínez Baracs, muy encomiablemente, demuestra que sus ideas deben ser contextualizadas de forma rigurosa. Esta es la gran contribución de Martínez Baracs. Al hacer accesibles los textos de Lámport, este magistral volumen permite que los estudiantes del México colonial, de la primera diáspora irlandesa y de las políticas radicales en el mundo atlántico contemplen con mayor frialdad a este brillante y malinterpretado rebelde e intelectual. ~

Traducción del inglés de Luis Fernández.
Publicado originalmente en *Hispanic American Historical Review*.

RYAN DOMINIC CREWE es historiador y profesor en la Universidad de Colorado en Denver. Sus investigaciones están dedicadas a América Latina en el periodo colonial.

ENSAYO

¿Desembarco o naufragio?

por **Rafael Rojas**



Francisco Valdés Ugalde
ENSAYO PARA DESPUÉS
DEL NAUFRAGIO
Ciudad de México, Debate,
2023, 232 pp.

En los últimos años se ha verificado y consolidado una tendencia a la regresión democrática a nivel global. Diversos estudiosos de la política contemporánea —como Nadia Urbinati, Anne Applebaum, Pierre Rosanvallon, Steven Levitsky, Daniel Ziblatt o Enzo Traverso— han descrito el fenómeno. Unos reparan en el ascenso de liderazgos populistas, de derecha o izquierda, como los de Donald Trump en Estados Unidos y Viktor Orbán en Hungría, Jair

Bolsonaro en Brasil y Nicolás Maduro en Venezuela, Vladímir Putin en Rusia y Narendra Modi en la India. Otros se detienen en el deterioro acelerado de los indicadores de gobernanza democrática nacional, regional o mundial.

Desde América Latina, estudios recientes como los del peruano Alberto Vergara y el colombiano Mauricio García Villegas apuntan al desgaste de la confianza ciudadana y el aumento del malestar en la región. Los estallidos sociales, el impacto de la pandemia de covid-19 sobre los sectores más vulnerables de la población, la alternancia generalizada, la crisis de los partidos políticos, la pugna entre poderes y el *lawfare* serían algunos síntomas de ese desajuste de la democracia como orden social, forma de gobierno y régimen político.

El más reciente libro de Francisco Valdés Ugalde se inscribe en esa nueva biblioteca del deterioro democrático. Es posible detectar énfasis en América Latina y México, pero un mérito indudable de este ensayo es su apuesta por el enfoque global. La metáfora del título transmite, de entrada, una pertinente lectura de la historia mundial reciente de la mayor pertinencia. En contra del triunfalismo liberal de los años noventa del pasado siglo, la caída del Muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría no habrían dado paso a un desembarco suave en un contexto de universalización de la democracia sino a un naufragio en tierra ignota, donde emergen no solo autocracias sino muy diversos tipos de autoritarismos y regímenes híbridos.

Valdés Ugalde aporta varios datos globales sumamente reveladores del declive democrático. Uno, que destaca Roger Bartra en su prólogo, proviene del índice mundial de democracias de los reportes del Instituto Varieties of Democracy, en Suecia, según el cual entre 2010 y 2020 la cantidad de países democráticos habría descendido de 41 a 32, las “autocracias cerradas” habrían ascendido de 25 a 30 en

2021, los autoritarismos competitivos o electorales sumarían 60 en 2022 y un 70% de la población mundial viviría hoy bajo regímenes no plenamente democráticos.

Las propias estadísticas de ese instituto y del Banco Mundial describen una gama de formas híbridas o zonas grises –en parámetros diversos para medir la democracia– como la inclusión social o el Estado de derecho, que hacen imposible una partición del mundo en democracias y autocracias. Mucho menos una bipolaridad entre populismo y democracia, ya que hay populismos instalados, prácticamente, en todos los matices del espectro ideológico contemporáneo, y cualquier clasificación binaria de los regímenes políticos, en el siglo XXI, tendería a proyectar, en la multipolaridad global de hoy, la vieja estructura adversarial de la Guerra Fría.

Esas prevenciones evitarían una lectura maniquea de este libro, que justamente parte de una aproximación teórica flexible al concepto de democracia. En sentido inverso a las tesis procedimentales y minimalistas de la democracia, Valdés Ugalde parece pensar, como Charles Taylor y otros autores contemporáneos, que la democracia no tiene que ver únicamente con la división de poderes, el gobierno representativo, el sistema de partidos, las libertades públicas y las elecciones competidas. También tiene que ver, desde un clásico del liberalismo como Alexis de Tocqueville, con la igualdad y los que hoy entendemos como derechos económicos, sociales y culturales.

Esa premisa le permite dar cuenta de las distorsiones que el neoliberalismo produjo en la propia tradición liberal y en la misma forma democrática de gobierno. La confusión entre el liberalismo clásico, el neoliberalismo e, incluso, el libertarismo –como puede leerse en estos días en la prensa latinoamericana, específicamente en la argentina– es uno de los peores legados intelectuales del periodo de reformas estructurales, orientadas al

mercado, en la mayoría de los países de la región a fines del siglo XX.

La noción flexible y abarcadora de la democracia con que opera este libro, que actualiza un célebre linaje de las ciencias sociales latinoamericanas, digamos entre el cardenismo en los años treinta, la Cepal en los cincuenta y los diversos dependentismos, estructuralismos y marxismos en los setenta, desemboca en un planteamiento crucial: la igualdad y el Estado, o un Estado de igualdad tanto como un Estado de derecho, son condiciones de posibilidad del orden democrático. Esta idea implica la necesidad de repensar la relación entre democracia y derechos humanos, a nivel global, reto que Valdés Ugalde encara con gran solvencia en la parte central de su libro.

Encuentra el autor tres modos de aproximación a ese vínculo: el que asume los dos conceptos como realidades interconectadas, el que postula la democracia como un derecho humano y el que sostiene el deslinde o el nexo no determinante entre una cosa y la otra. El primero es asociable a la tradición del liberalismo democrático, desde la segunda mitad del siglo XIX, y el tercero es el que predomina en las normas e instituciones internacionales contemporáneas en las que el derecho a la autodeterminación de las naciones se privilegia sobre la definición democrática, o no, de cada Estado. El segundo, es decir, el modo de relación que establece la democracia como un derecho humano tuvo una breve experiencia en la Comisión de Derechos Humanos de la ONU a fines del siglo pasado y fue eficazmente hostilizado por China, Cuba y otros gobiernos que anteponen la soberanía a la democracia.

A partir de una relectura creativa de dos autores generalmente ubicados en coordenadas teóricas divergentes, Charles Tilly y Claude Lefort, Valdés Ugalde sugiere que, frente a las tendencias poderosas de disociación normativa entre la democracia y los derechos humanos que se viven

en la actualidad, es urgente regresar a formas de interconexión o implicación entre ambas dimensiones. Su llamado es válido no solo para la política exterior de los Estados, las agendas de derechos humanos y la democratización de organizaciones no gubernamentales u organismos internacionales, sino para la academia de las ciencias sociales especialmente en América Latina y México.

La parte final de este libro necesario y oportuno se ocupa de lo que el autor llama la “pospolítica” y que relaciona con el rebasamiento del Estado y sus instituciones, practicada por múltiples actores y escenificada por nuevos fenómenos globales: líderes mesiánicos de izquierda o derecha, crimen organizado, cárteles de la droga, corporaciones mediáticas, transnacionalización migratoria, cárceles como comandancias paramilitares, sectarización de la diplomacia. En el vacío de esa pospolítica, advierte Valdés Ugalde la construcción de un metalenguaje diariamente reforzado por las nuevas tecnologías y las redes sociales que simplifica la complejidad social por medio de la polarización o la rutinización de la ira.

Las amenazas a la democracia descritas en este *Ensayo para después del naufragio* son tantas que necesariamente el tipo de desdibujamiento del orden democrático que producen es también múltiple y diverso. De ahí que, más que desacuerdos, genere dudas el pronóstico de los tres modelos a enfrentarse en los próximos años a nivel global: el liberal democrático, el populista autoritario y el socialdemócrata. Muchos gobiernos y liderazgos actuales –con buenas posibilidades de consolidarse a nivel nacional, regional o global– no encajan en ninguna de las tres categorías.

El panorama que describe el libro no se ajusta a ese pronóstico. Más bien parece remitir a una degradación más segmentada del orden democrático como la que han apuntado en su libro más reciente Charles Taylor, Craig

Calhoun y Dilip P. Gaonkar. Estos autores utilizan el término *degeneration*, pero lo que retratan suena más a degradación, en el sentido de que, en el siglo XXI, entre la democracia y el autoritarismo se interponen muchos grados de igualdad y libertad. El ensayo de Valdés Ugalde es una contribución insoslayable, desde México, a ese debate que es mundial, como mundial es la crisis que lo provoca. ~

RAFAEL ROJAS es historiador y ensayista. Su libro más reciente es *La epopeya del sentido. Ensayos sobre el concepto de Revolución en México (1910-1940)* (El Colegio de México, 2022).

ENSAYO

Breve historial de agravios

por **Ricardo Dudda**



Michel Houellebecq
UNOS MESES DE
MI VIDA. OCTUBRE
2022-MARZO 2023
Traducción de Jaime
Zulaika
Barcelona, Anagrama,
2023, 120 pp.

Unos meses de mi vida es el libro de un hombre humillado. Es una venganza extraña. Houellebecq fue engañado y manipulado para participar en un vídeo pornográfico. El autor se venga escribiendo contra el perpetrador de ese engaño, al que llama Cucaracha, y sus secuaces. En realidad, el engaño no es tan engaño. El autor firmó un contrato (que aparece reproducido íntegramente en el libro, una autohumillación que me resulta incomprensible). Es cierto que es un contrato con unas condiciones leoninas; incluye una delirante cláusula con efecto retroactivo que nadie con un mínimo de cuidado firmaría. Pero Houellebecq es un adulto. Por eso es difícil compartir su rabia. Lo que uno experimenta al leer la

crónica de este engaño es conmiseración. Houellebecq aparece aquí como un pobre hombre ingenuo, un individuo que sabe leer su sociedad (sus mejores novelas tienen una sociología muy interesante), que tiene la capacidad de dotar a sus personajes de profundidad psicológica, pero que parece incapaz de leer un contrato, de moverse en el mundo real, donde existen individuos y no arquetipos. Y que ante el fracaso judicial decide recurrir a la venganza literaria.

“¿Puedo tener una erección y hacer otra cosa al mismo tiempo? Pues sí, [...] pero no puedo hacer nada que no sea sexual, me es totalmente imposible, tengo la sensación de entrar en una niebla mental donde ya no existe nada más en el mundo que el sexo, lo cual, por cierto, no facilita mucho la transcripción posterior de esos momentos”, escribe. Da la sensación de que esa nube mental la conservó durante todo el proceso. Firmó el contrato con una erección, y por eso no tenía la mente clara. “Mi mente no funciona muy rápido; compenso esa insuficiencia con una precisa intuición moral acerca de las personas, aunada a un tipo de obstinación realmente brutal, monolítica”, escribe en otra ocasión. Esta aceptación de su error no provoca empatía, sino compasión.

Como es un gran novelista, incluso en esta obra deslavazada y desesperada hay momentos de brillantez, belleza y, sobre todo, de humanidad. El autor dice, al contrario de lo que pueda parecer por su pose de provocador, que no es un punki. Demuestra, y es algo que sorprende, que realmente sí le importa lo que piensen de él. Muestra un miedo muy humano, el miedo a que no le entiendan, a ser malinterpretado. Es un miedo muy comprensible, especialmente en una época llena de mala fe, literalidad y rigorismo. Por eso esta obra es una especie de *disclaimer*. No solo sobre su experiencia con la película porno. En

las primeras casi cuarenta páginas, Houellebecq se explaya sobre el islamismo y matiza algunas de sus opiniones más polémicas sobre el tema, especialmente en una entrevista que provocó cierto revuelo y le costó una querrela. En la entrevista original dice que “el deseo de la población francesa ‘de pura cepa’ no es en absoluto que los musulmanes se asimilen, sino que dejen de robarles y agredirlos, en suma, que respeten la ley y les respeten”. Como provocó cierta polémica, aquí se matiza largo y tendido: “Cuando tenemos miedo no reflexionamos, y también saben [los franceses de pura cepa, dice], de forma empírica, que los barrios donde los musulmanes son numerosos son asimismo los barrios donde abundan los delincuentes. Por eso, como es lógico, tienden a huir de esos barrios. ¿Qué hacer al respecto? No lo sé.” Hay reflexiones interesantes, pero el objetivo no queda muy claro. También hay muchas digresiones. En todas hay algo salvable, pero no parecen pertinentes. Por ejemplo, una sobre Theodor Fontane,

con una larga cita sobre él que no ilumina absolutamente nada de la historia, otra sobre John Grisham, o un comentario arbitrario sobre la guerra de Ucrania: dice que hasta que Rusia invadió Crimea no sabía que Ucrania y Crimea no eran ya parte de Rusia, y que tampoco conocía los países bálticos (¿es una especie de chiste?). A veces esas digresiones parecen escapatorias, intentos de ocultar la rabia y la vergüenza. El formato es de *collage* y reflexiones a vuelapluma, pero el tono es solemne, a veces hiperbólico (algo no encaja cuando compara su experiencia con la de una mujer violada, por ejemplo). Hay un desacompañamiento entre la gravedad que quiere dar a su drama y la manera de abordarlo.

Quizá este libro no hacía falta. Es una obra desesperada. ¿Quizá necesitaba ganar dinero para afrontar la batalla judicial? Lo dudo. ¿Es el orgullo, la búsqueda de reparación? Resulta extraño en alguien al que se le ha acusado de todo durante décadas sin que parezca que le afecte. Houellebecq explica más o menos

su motivo: “Tenía en mi haber polémicas, era, ya se sabe, un misógino además de un fascista, pero hasta entonces habían respetado relativamente mi vida privada.” Confía en que esta obra pueda servirle de exorcismo “con respecto a esos tres desechos humanos que perturbaron unos meses de mi vida: la Cucaracha, la Cerda y el Pavo”. Sin embargo, a pesar de todo, es Houellebecq. En *Unos meses de mi vida* están sus señas de identidad: su provocación resulta honesta y refrescante, sus *boutades* nunca son gratuitas y en ellas hay siempre reflexiones interesantes. Quizá tenía que escribir esto porque, en el fondo, la historia es muy *houellebecqiana*: un hombre que accede a grabarse practicando sexo, se arrepiente e inicia un procedimiento judicial absurdo que muestra las costuras y limitaciones del mundo periodístico, político y judicial de su país. ~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Es autor de *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide, 2023).

GRIS TORMENTA Y LETRAS LIBRES PRESENTAN:

**PATRICIO PRON,
SARA MESA,
FÉLIX DE AZÚA,
ISAIAH BERLIN,**

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL, LINA MERUANE Y OTROS.

